

—Buscábamos un poco de sombra, madre,—contestó Pedro,—y por cierto que es muy difícil en esta casa.

—Las plantas necesitan aire, tierra, sol y agua,—replicó la hortelana.

A los pocos minutos se presentó una criada en mangas de camisa, y ésta gruesa como una arpillera. Desde el extremo de la huerta gritó con voz hombruna:

—¡Ama! ¡Aquello ya está!

Con *aquello ya está* quería decir que esperaba la comida.

—Vamos,—dijo la madre Raguenel,—y divirtámonos lo que podamos, porque hoy es día de fiesta para todos.

Inclinóse Pedro hacia Rosa, diciéndola con ternura al oído:

—Esta será nuestra comida de desposorios.

—El porvenir se encargará de decirlo,—respondió la joven. Y señalándole á Florencia Carpiquel, añadió:—Ofrecedla el brazo.

Pedro obedeció suspirando, porque francamente, perdía mucho en el cambio.

III

MARTA Á ROSA GODIN.

Morville 10 de septiembre.

Te prometí escribirte, mi querida amiga, y cumplo mi promesa con alegría porque fue grande la que experimenté al verte. Cuando te volví á ver recordé en un momento todo lo ocurrido durante los primeros años de nuestra vida, en aquellos tiempos en que juntas vivíamos en la aldea de Fresnes, ignorando aún la suerte que nos esperaba.

Aquellos fueron nuestros buenos tiempos, en que sin cuidarnos de nada nos arrastrábamos y revolcábamos por la hierba, corriendo por entre las matas con nuestras ropas desgarradas por los espinos, sin acordarnos del dinero que más tarde hemos tenido que ganar entre personas desconocidas. En el otoño cogíamos las manzanas caídas al pie de los árboles, y en el verano las amapolas en el trigo, y con muy poco teníamos suficiente para vivir; con una rebanada de pan moreno y un tazón de leche nos considerábamos tan felices como si fuésemos reinas.

¿Te acuerdas, amiga mía? ¡Qué lejos están aquellos tiempos en que tanto nos queríamos! Sentíamos la una hacia la otra una gran sim-

patía, cuya causa no comprendimos, ¡ay! hasta más tarde: ¡tú no tenías padre, y yo, más desgraciada que tú, no conocía siquiera á mi madre!

¿Te acuerdas de aquel Médico que iba á visitarnos con tanta frecuencia y que siempre llevaba los bolsillos llenos de golosinas? La casualidad que nos reunió se encargó de separarnos, y esa fue una de mis grandes desventuras.

Al fin supe lo que había sido de ti: pues en esta casa te quieren mucho y tu retrato está colocado, con un precioso marco que el señor Jorge mandó traer de París, en uno de los saloncitos.

Por lo que á mí se refiere, hago lo que se me antoja, entro y salgo á todas horas sin que nadie se ocupe de mi humilde persona, y á decir verdad, mi empleo, con mil doscientos francos al año, no es de los más cansados. Desde hace algunos días no se le puede llamar una prebenda, porque antes la Condesa se mostraba siempre muy amable conmigo, y ahora parece que me tiene olvidada por completo, y que es preciso que me vea en alguna parte para que se acuerde de mí.

Esta mañana me dijo:

—No os necesito para nada, señorita, y podéis hacer lo que se os antoje, pasear ó trabajar, lo que más os agrade.

¡Llamarme señorita! ¡Esa palabra me hirió de improviso como una desgracia inesperada á causa de que antes la Condesa me llamaba por mi nombre.

Me parece, y casi estoy por decir que estoy

segura, de que es la primera vez que emplea esa palabra, y que esto indica que caí en desgracia.

El único que permanece inalterable entre las alteraciones del carácter de los que le rodean, es el Almirante, cuyo rostro impasible no revela jamás sus impresiones, y aparte de eso, muéstrase, al mismo tiempo que impenetrable, bondadoso y muy cortés con cuantos le tratan.

¡Qué rostro más simpático y qué aspecto más distinguido tiene. Te aseguro que si hubiese nacido en una posición semejante á la que ocupa en la sociedad, mi ideal habría sido un hombre que se le pareciese en todo.

Por cierto que tu pintor es el que parece que está más cambiado de todos. Antes mostrábase tan jovial y decididor con todos, que su presencia alegraba á cuantos vivían á su alrededor, y de la noche á la mañana volviöse taciturno y de carácter sombrío.

Dentro de tres meses se casa con una joven muy rubia, bastante linda, hija de noble familia, con la señorita Elena de Restaud, sobrina del duque de Rouévres, que es uno de los amigos de esta casa. La noticia del casamiento es oficial, y lo que me extraña es que el cambio del futuro data desde el día en que se resolvió llevar adelante ese casamiento.

¿Quieres que te diga sin rodeos lo que pienso? Pues bien; creo que aquí pasa algo inexplicable.

Ayer, sin ir más lejos, entré sin llamar en su cuarto creyendo que había salido con objeto de buscar unas sedas de colores para un bordado que estoy haciendo, y ví que la Condesa

estaba sentada en el hueco de una ventana.

No es posible que sin verlo puedas formarte idea de un abatimiento semejante. Tenía la cara oculta entre las manos y sollozaba.

Al oír el ruido de mis pasos levantó la cabeza y vi que lloraba.

En esa ocasión fue cuando por primera vez me habló con dureza.

—¿Quién os permitió entrar hasta aquí sin avisarlo antes?—me preguntó.

Aturdíme y balbuceé algunas excusas... su ausencia... las sedas que necesitaba para terminar un trabajo.

Con un rápido movimiento volvióse hacia el lado del parque, mientras que buscaba yo en su costurero y se enjugó las lágrimas con el pañuelo creyendo sin duda que no la veía.

Hecho esto me llamó, y dándome la mano díjome con acento bondadoso para que olvidase sus reproches:

—Lo siento mucho, hija mía, pero os di un disgusto, perdonadme, no sé lo que tengo que estoy muy nerviosa.

—¿Tenéis alguna pena!

Me atrajo aún más y me dió un beso en la frente y sentí de qué manera la latía el corazón y se le cantaba su pecho.

—No, no es nada; los nervios que hoy me molestan bastante; dejadme sola.

Así lo hice retirándome.

No me es posible desechar la idea ni aun cuando me asegurasen lo contrario lo creería, de que en esta casa se oculta algún misterio que no puedo desentrañar.

Tu retrato está ahí en su galería presidiendo todos esos cambios que resaltan á la vista! Esta mañana hice una peregrinación para contemplar esa obra de arte, y eres realmente una maravilla, querida Rosa. ¡Y puede que tu modestia no te permita creerlo!

Estaba admirándolo en silencio, cuando oí á mi espalda ruido de pasos, é impulsada por la curiosidad volví la cabeza. Era tu artista, tu Van-Dick, tu Felipe de Champagne, tu Ticiano, el que se acercaba con paso lento para sorprenderme. Se sentó, ó mejor dicho, se echó en un diván muy bajito que hay en ese saloncito, y como es natural, quise batirme en retirada, y cederle el sitio.

—Quedáos,—me dijo.

—Pero...

—¿Me tenéis miedo, Marta?

—¡Oh! ¡No! exclamé al oír esas palabras pronunciadas con un acento que me conmovió.

No me llamaba señorita, sino que todo al contrario de lo hecho por su madre, era la primera vez que me llamaba por mi nombre.

El señor Jorge siguió:

—Muchas veces he creído que huáis de mi presencia y hacéis muy mal, porque soy un amigo para vos, y quisiera que fueseis muy feliz.

—Y lo soy,—respondí.

Obligóme á que me sentase y juntos estuvimos hablando hasta que llegó la hora del almuerzo, interrogándome con extraña insistencia acerca de mi infancia, de la tuya, y se me figuró que daba mucha importancia á los detalles de mi nacimiento.

30597

En el momento en que le dije que me había inscrito en el registro de la alcaldía de Touque con los nombres de Marta María, examinóme largo rato fijando mucho en mí sus ojos de una manera que nunca lo había hecho hasta entonces. Pasó así algunos minutos, y al cabo púsose en pie dominado por un malestar que en vano hizo esfuerzos para que pasase desapercibido á mis ojos.

—¿Qué tenéis?—le pregunté sin hacerme cargo en aquel momento; tanto me impresioné, de lo indiscreto de mi pregunta.

—Nada,—contestó.

—Sí,—le dije,—hace algunos días que observo que estáis triste.

—¡Qué! ¿Lo habéis observado?

—Creí... me pareció...

—Tened mucho cuidado en adelante,—respondió haciendo un esfuerzo para sonreír,—que las confidencias sólo se hacen á los amigos ó á los cómplices.

El despecho me hizo estremecer, y levantando la cabeza vi mi imagen en un gran espejo colocado enfrente de mí, estaba más encarnada que una amapola.

—Os suplico que me dispenséis,—murmuré.

—¿El qué?—díjome con mucha viveza y cogiéndome la mano.—¿Os habré ofendido? No fue esa, sin embargo, mi intención, y además no quiero que en el porvenir exista ninguna mala inteligencia entre nosotros. No estáis equivocada; sí, es cierto, días há que me domina la tristeza, ¿por qué? quizás porque me falta una verdadera amistad, á la que pueda confiarme

abriendo mi corazón. ¡No hay, Marta, en este mundo, nada que valga tanto como la amistad de un amigo, de un hermano!

Recalcó con fuerza esta última palabra, añadiendo:

—¿Queréis que sea yo el vuestro?

—¡Señor Jorge!—dije temblando.

—¿Queréis que sea vuestro hermano?—insistió el señor Jorge con un acento que me llegó al alma.—Si accedéis me prestáis un gran servicio. No se lo diremos á nadie y ocultaremos esta amistad, bien pura é inocente, como si se tratase de una de esas intrigas misteriosas que no se pueden revelar. Así, en adelante, si tenéis penas, encontraréis en mí un apoyo, y yo, por mi parte, os confiaré las mías como si fuérais la más querida de las hermanas; respondedme.

No le respondí.

—No tenéis familia, Marta, y mi amistad la reemplazará, y si algún día me porto mal con vos, si olvido que debo hacerlo como un buen hermano, rompemos el tratado, ¿aceptáis? ¿Está convenido?

Con un ligero apretón de manos le dí á entender que aceptaba su proposición.

En el mismo momento en que esto sucedía observé que el portier del saloncito se movía y vi reflejarse en el espejo la imagen de una joven que entraba por detrás del pouff en que estábamos sentados en el centro y nos observaba.

Era la señorita de Restaud.

—Buenos días, Jorge,—dijo,—y si os estorbo podéis ordenarme que me marche.

Esta maliciosa indicación referíase á mí.

Saludóme con marcado aire de protección, y sin dar tiempo á su novio para que la contestase, empezó á hablar con extraordinaria volubilidad.

Entonces me enteré de que el Almirante tenía en Trouville un yatch de recreo, de vela, que había llegado la víspera de Cherbourg y que lo tripulaban nada más que tres marineros. El duque de Rouévres, que había presenciado su entrada en el puerto, estaba asombrado de sus buenas condiciones maríneas.

La señorita de Restaud estaba en vena y dió pruebas de ello salpicando su conversación de frases ingeniosas. La verdad es que tiene mucho ingenio para eso, y hay momentos en que creo que peca por exceso de más, porque acribilla con sus sarcásticos dichos á amigos y conocidos; su espíritu es más amargo que la coluquintida y tan lleno de pinchos como el espino matorral.

Tuvimos la suerte de que en esto sonase la campana llamando para el almuerzo, y á no mediar esa circunstancia, de una de las compañeras de colegio que la señorita Restaud tenía entre las uñas, no habría quedado más que algunos pingajos.

Durante el almuerzo se habló muy poco y yo no desplegué los labios, lo cual no tiene nada de particular, porque mi papel se reduce á no hablar más que cuando me preguntan.

Elena, la señorita de Restaud se llama así, atrajo á su novio al extremo del salón y se sentó al piano. ¿Te he dicho que le toca admirablemente?

Al mismo tiempo que tocaba unos aires tziganos, una música extraña, casi salvaje, hablaba con el señor Jorge, que se había recostado en el piano y escuchaba la música y sus palabras con ese aspecto triste que hace días tiene, y de vez en cuando volvíase á mirar hacia donde yo estaba. ¡Tal vez le estaba hablando de mí!

Marchóse la señorita de Restaud al parque acompañando á la duquesa de Rouévres, y el señor Jorge se acercó á mi lado.

—¿Sabéis lo que me decía?—me preguntó.

—No.

—Adivinó que os amo.

—¡Como á una hermana! ¿Y qué la respondisteis?

—Que es cierto y que me inspiráis muchísimas simpatías.

—En adelante va á aborrecerme la señorita de Restaud.

—¿Y qué os importa?

—Tal vez consiga que me despidan de esta casa.

El rostro de Jorge se animó de pronto.

—¡Despediros de esta casa!—exclamó.—¡Mi madre no lo sufriría, pero no creo que á nadie se le ocurrirá semejante idea, ni aun á la señorita de Restaud, que pretende, por el contrario, que la inspiráis grandes simpatías! ¿Quién es capaz de no sentir las tratándoos aunque no sea más que una vez?

—¡No la tentéis, porque tal vez la daréis celos!—repliqué.—Puede venir de improviso como antes y hacerme perder esa gran amistad.

Por un momento su entrecejo se desarrugó,

pues sin duda empleé yo un tono en el que se mezclaba alguna ironía.

Dentro de unos días abandonaremos á Morville, y ya empezaron los preparativos del viaje. Según me han dicho volvemos á París al hotel de los condes en Cour-la-Reine, y desde allí marcharemos á las posesiones que tiene la Condesa en Savigneux, en Seine-et-Marne, en donde piensa pasar una temporada y cazar. El día en que eso suceda estaré más cerca de tí y te podré ver alguna que otra vez.

Te escribo en mi cuarto que está situado precisamente encima del de el Almirante, y son las diez y media de una hermosa y serena noche de verano, una noche que se parece á las del Mediodía.

El señor de Kerhoët, que suele pasearse hasta una hora muy avanzada de la noche por el parque de Morville, se halla hoy á estas horas en su cuarto, y desde el mío le oigo dar paseos arriba y abajo por su despacho.

Esta es una de sus manías; creo que cuando se encierra no duerme apenas, porque muchas noches me despierta el ruido que producen sus pasos en la madera del entarimado, y son tan regulares y acompasados como los de un centinela que pasea por delante de su garita para entrar en calor. Hace un momento que debió recibir una visita, porque oí el ruido que producía la puerta de su cuarto al cerrarse.

Al principio creí que sería su criado, un marinero veterano que apenas despega los labios más que para pedir lo que necesita para él ó para el servicio de su amo, pero no era éste sino

una mujer, la Condesa sin duda; lo adiviné en el eco de su voz, por más que sólo llegaba muy debilitada hasta mí.

Si es así es muy raro, porque ésta será la primera vez que el Almirante y su esposa sostienen una conversación á solas.

No se les vé juntos jamás, y apenas se dirigen la palabra alguna que otra vez.

Al empezar te hablé de nuestro amigo el Médico y de las golosinas que nos regalaba; pues bien, tengo que darte una mala noticia; el pobre señor ha muerto repentinamente.

A todo el mundo sorprendió mucho que el Médico haya muerto sin dejar ninguna disposición testamentaria, y como no se presente ningún heredero, lo que es muy raro, el Estado se incautará de su fortuna con arreglo á la ley. Sin duda el buen Doctor no esperaba morirse ni tan pronto ni tan de prisa.

Poseía esa casa que conoces, y además, cuatro mil francos de renta, ¡cuánto más valía que nos lo hubiese donado que no dejarlo á los treinta y seis millones de habitantes de Francia que no se aprovecharán apenas de ellos! ¡Cuán dichosas viviríamos las dos con esa renta en una modesta casita rodeada de rosales y pudiendo decir que no dependíamos de nadie y que éramos dueñas de nuestros actos!

Pero esto es un sueño, amiga mía, y como tal hay que abandonarlo.

Te abraza,

Tu hermana

MARTA.

P. S. *Te llamo hermana, porque nos amantó el mismo pecho, ¿te acuerdas de nuestra nodriza, de aquella hermosa vaca contentina, blanca y negra á la que llamaban la morena? ¡Qué buena y mansa era!*

¡Las once! Me parece que están hablando en alta voz en la habitación del Almirante; no puedo oír lo que dicen porque sólo llega hasta mí el murmullo de las palabras. Soy discreta y no quiero enterarme de nada; haré un esfuerzo para quedarme dormida.

¿Qué será lo que pasa aquí?

Ya ves de qué modo cumplo mi promesa; son casi unas memorias íntimas lo que te mando y no sé por qué las noticias que contienen, que después de todo proceden de tu país natal y de personas que conocieron á tu abuela, puesto que vivió en esta quinta, tendrán algún interés para tí.

¡Adiós y hasta muy pronto!

M.

IV

Florencia Carpiquel compró un billete de la lotería de la vida y tuvo la suerte de que saliese premiado, y desde luego habíase comprendido que se hallaba al servicio del almirante Kerhoët.

No había querido éste entregar á la hija de la Condesa á todos los azares de la humilde condición á que la condenaba sin protegerla con una vigilancia reservada y que tenia por único objeto librarla de los peligros que la miseria pudiera haberla hecho correr. Recibía anualmente Florencia la cantidad de seis mil francos, que excedía con mucho de la fortuna con que soñara alguna vez, cuando siendo muy niña cruzaba por los boulevares llevando su caja de cartón colgada del brazo ó se gastaba más tarde la vista con costura en el taller de la calle de la Paz. A la sazón todo su trabajo reduciase á enterar al conde de Kerhoët de cuanto ocurría en casa de la Godín y ejercía su vigilancia con una honradez relativa, ganando su dinero como lo suele hacer un buen empleado sin apasionarse y con indiferencia. No sabía en qué se fundaba el Almirante para obrar como lo hacía interesándose por la hija de Teresa Godin, y no intentó hacer lo más mínimo para averiguarlo. Para Florencia Carpiquel no era Rosa más que la hija de la pescadera, y ni por un momento dudó de ello.

Recibía puntualmente su sueldo, administraba su renta con mucho orden y economía, estaba contenta de su suerte y vivía á sus anchas, ¿qué le importaba lo demás?

Alguna que otra vez visitábala Merand para charlar con ella y adquirir de ese modo noticias de la vida que llevaban las dos mujeres, y movíale á hacerlo el que rechazado

por Teresa Godin cuando ésta regresó de Touque después de dar á luz, la odiaba con toda su alma. Había conocido en el Mercado á Florencia, que con frecuencia entreteníase charlando un rato delante del puesto de Clara, cuando se retiraba la gente y había pasado lo más fuerte de la venta de las primeras horas de la mañana.

Respecto de Rosa abrigaba Meraud muy malos designios; la hermosura incomparable de Rosa le tentaba, causábale vértigos. Bajo su aspecto de hombre obeso y jovial, ocultaba el corrido solterón, sin fe ni ley, los más depravados instintos.

.....
El lunes, por la noche, y viendo que se acercaba la hora de su cita con el marqués de Breynes, empezó Rosa á inquietarse y á deplorar el haberla concedido.

¿Qué la querria decir tan misterioso personaje?

En el fondo la aguijoneaba una curiosidad muy viva, y después de pensarlo mucho comprendió que no corría ningún peligro yendo á los Campos Eliseos, porque la plaza de la Concordia no es un bosque de Bondy.

Decidióse y creyó que debía asistir á la cita.

Mientras que Anita se entretenía en arreglar la habitación, empezó Rosa al dar las ocho á vestirse, arreglándose un peinado que pocas parisienses habrían podido proporcionarse sin recurrir á los peluqueros de más nombradía.

Desde su cuarto oyó la señorita Carpiquel á Anita que preguntaba con acento lastimero:

—¿Vas á salir?

—Sí.

—¿Quieres que vaya contigo?

—No.

A la niña la faltó muy poco para echarse á llorar.

—¿Por qué no quieres que vaya contigo?

—Ayer te acostaste muy tarde y es preciso que ahora duermas. Acuéstate.

Hízolo así Anita porque no acostumbraba á replicar, dando siempre pruebas de mucha obediencia.

La señorita Carpiquel preguntóse qué significaba aquella salida.

En el momento en que la joven iba á salir, llegaba Meraud á la calle de Mondetour, y esto sucedió precisamente cuando estaba anocheciendo y empezaban á encender el gas.

¿A dónde iba?

Poco trabajo le costaba enterarse; era libre, no tenía que dar cuenta á nadie de sus actos y creyó Meraud que en nada podía entretener mejor el tiempo que dedicándose á aquel espionaje. Ocultóse en una puerta, dejó pasar á la joven y que ésta ganase alguna delantera, y echó á andar tras ella á alguna distancia.

Al llegar á Saint-Eustache vió con disgusto que las manecillas del reloj marcaban las ocho y cinco, pero felizmente pasaba en el mismo momento un ómnibus casi desocu-

pado, y Rosa tomó asiento en su interior. Meraud por su parte hallábase en uno de esos instantes de la vida en que el hombre más avaro arroja el portamonedas por la ventana, y mandando parar á un cochero, le encargó que siguiese al ómnibus á unos treinta pasos, prometiéndole al mismo tiempo una buena propina.

La rubia permaneció en su asiento del ómnibus hasta llegar al boulevard de la Madeleine, pero en el faubourg Saint-Honoré y en la esquina de la calle de Boissy d'Anglas, apeóse de un salto desde el estribo.

¿A dónde iba Rosa tan de prisa?

Esta pregunta hacía estremecer, y cosa extraña, al mismo tiempo producía cierta satisfacción, al pensar que á aquellas horas y tan lejos del Mercado no podía ir Rosa más que en busca de una aventura amorosa.

¿A qué dichoso mortal estaba reservada tan buena suerte?

Sólo podía tratarse de Raguenel, pues Meraud le tenía al pasante en concepto de hombre intrigante y astuto, habiéndole dicho, además, la *Pintada*, que había sorprendido entre ambos significativas miradas.

¿Y Ladurin?

No, no era posible, ¿por qué? Ladurin era un hombre honrado, y en el fondo Meraud se inclinaba más hacia el primero; empero, antes de que pasase mucho rato, tenía que verse obligado á reconocer que no se trataba de ninguna de las dos personas de quienes sospechaba.

Internóse Rosa entre los castaños de Indias del paseo, á la entrada de la avenida, y á los pocos minutos se le acercó un caballero que saludándola sombrero en mano parlamentó con ella un momento.

El recién llegado insistió al parecer para que la joven ocupase un asiento en el carruaje que era una victoria, pero Rosa se negó rotundamente y echó á andar al lado del caballero que entabló la conversación con visible calor.

—Agradezco el que hayáis venido,—dijo.

—Os lo prometí y cumplí mi palabra. Aquí me tenéis, os suplico que habléis de prisa, ¿qué es lo que tenéis que decirme? Puedo disponer de poco tiempo, porque estoy sola y tengo enferma á mi madre, vuestra visita excitó mi curiosidad y no quiero ocultaros que deseo saber de lo que se trata.

—¿Por qué os sujetáis á ese trabajo tan rudo para el que no nacisteis?

—Soy como las demás y lo que hacen otras puedo hacerlo yo,—contestó Rosa con esa rudeza de expresión que solía afectar á veces,—y como no tengo rentas, nada más natural que trabaje para ganar qué comer. Mi madre es pescadera, hago lo que ella. ¿y por qué no había de hacerlo?

—¿Y no os sentís humillada por vuestra condición?

—¡De ningún modo!

—¿Ni de esa sociedad de la que tanto os destacáis?

—Tampoco, y no me extraña que me lo pre-

guntéis porque como vivis en un mundo tan diferente, ignoráis que en el mío se encuentran verdaderas amistades que á las veces llegan hasta el sacrificio, que hay personas que no son tontas y que siempre tienen valor para luchar con las contrariedades.

—¡Sois muy escéptica!

—No, es sencillamente que entre nosotros se juzga á las personas más por sus acciones que por su cara ó la ropa que llevan puesta.

—Entonces todo es perfecto en la sociedad que os rodea.

—¿Lo es, señor, en la vuestra?

Esta contestación desconcertó al Marqués.

—De modo, —añadió, —que estáis contenta con vuestra suerte.

—¿Y tengo libertad para escoger otra?

—Tal vez...

—¿Es una posición más agradable la que venis á ofrecerme?

—Sí.

—Veamos de lo que se trata, —contestó Rosa.

—Apoyáos en mi brazo y así se fijarán menos en nosotros.

—Tenéis razón.

—Supongamos que un hombre al que impresionase vuestra hermosura, porque la verdad es que sois hermosa como pocas, se presentase ante vos y os dijese: *soy rico, tengo un apellido muy conocido, poseo, además, cuanto puede envanecer á una mujer y proporcionarla una existencia venturosa y privilegiada, ¿qué le responderiais?*

—¿Qué le respondería? Desde luego empezaría no creyéndole y supondría que trataba de tenderme un lazo y engañarme.

—¡No! ¡Puede ser cierto y muy cierto lo que os digo! Si después de haberos visto por una casualidad soñaba día y noche con vuestra imagen que no se apartaba un momento de su memoria, ¿qué tendría de particular que os hiciese esa proposición?

Bajo aquellas palabras tan halagüeñas para ella, adivinó, aunque de un modo vago, que se ocultaba algo, una falsedad; el acento del Marqués, á pesar de su vehemencia, no sonaba en sus oídos, predispuestos en contra suya, como el de una persona que dice realmente lo que siente.

Imbuida por este pensamiento respondióle con verdadera rudeza:

—Supongo que no será en vuestro propio nombre en el que venis á contarme esos cuentos.

El Marqués la contuvo dirigiéndola una mirada suplicante.

—No penséis en el hombre enamorado, —dijo, —y escuchad la proposición.

—En materia, porque indudablemente se trata de amor, ¿no es así? el hombre enamorado tiene su valor.

—Es que aquí se trata más que nada de fortuna, lujo y libertad.

—No desprecio nada de eso, pero sólo lo conozco de nombre.

—¿Entonces aceptaríais?

—Antes de contestar necesito meditarlo.

Decís que libertad, ¿estáis seguro de que sería yo libre si me sometiese á los caprichos de un millonario para conquistar esa fortuna? A mí, por el contrario, me parece que no haría más que cambiar de esclavitud.

—¿Me habré explicado tan mal que no he conseguido que entendiéis que se trata de un casamiento?

—¿De modo, que no tendría inconveniente en casarse?

—¡Ninguno! Se casaría con orgullo y con alegría.

—¿Connmigo!

—¿Y por qué no?

—¡Una muchacha que se crió en el Mercado! ¡Con una pescadera!

—¿Y qué importa, si os ama?

—¿Y quién sería capaz de tener tanta generosidad?

—Yo, porque os adoro.

—¿Y es en vuestro nombre en el que me hablabais?

—¿No lo habiais adivinado?

—Sí, mas no quería creerlo.

—Pues hicisteis muy mal, porque os amo, Rosa. Os amo lo suficiente para saber que en adelante toda mi felicidad depende de vos.

—¿Después de sostener una conversación que solo duró algunos minutos?

—¿Se necesita tanto tiempo para poder apreciar un tesoro que nos entrega la casualidad?

—No.

—Comprendo que sois incrédula, quisiera

convenceros, y conseguir que tuvieseis fe en mis palabras.

—Confieso que llegué á Trouville sin que me preocupase ningún grave presentimiento, y mucho menos el de comprometerme seriamente con ninguna mujer, cansado, á la verdad, de la vida que llevé durante mi juventud...

—¡Tempestuosa!...

—Calificadla como queráis, que no negaré nada, ¿qué queréis que yo le haga, Rosa? Somos unos vagos, y para matar el tédio nos parece que todos los medios son buenos, por la noche arruinándonos en el juego y durante el día tirando á manos llenas, para satisfacer los más fútiles y frívolos caprichos, el dinero que la casualidad nos dió, y gastando fuerzas é inteligencia, hasta el día en que una mujer, la madre de una futura familia, consigue que emprendamos nuevos derroteros rescatándonos de la perdición. Desde el primer momento en que os vi me dije que esa mujer podíais ser vos, si queríais serlo, y cuando el tren arrancó alejándoos de mí, experimenté locos deseos de gritar: *¡Quedáos! ¡No os alejéis, por Dios!* Creedme, Rosa, es la felicidad de toda vuestra vida la que os vengo á proponer al deciros: *Os ofrezco mi apellido y lo que me queda de mi patrimonio que comprometieron grandemente las locuras de una borrascosa juventud. ¿Queréis ser mi esposa?*

Es preciso reconocer que el marqués Roberto de Breynes poseía un gran talento

para dar á conocer sus ideas. Expresábase con voz vibrante, conteniendo con esfuerzo la emoción que le dominaba como persona á quien no gusta dejarse dominar por sus arranques, y que procura siempre no salirse de la nota discreta.

Al principio no respondió nada Rosa, porque las palabras de Roberto la impresionaron mucho. Con esa mirada rápida con que las mujeres examinan de pies á cabeza al que las sigue, examinó Rosa á su nuevo pretendiente.

—¿En qué estáis pensando?—preguntó el Marqués, estrechándola el brazo con el suyo.

—Pienso en que os engañáis acerca de vuestros propios sentimientos, —contestó Rosa con acento tan triste como grave,—y que más adelante no perdonaréis nunca el haberos creído.

—¿Qué decís!

—Sí, porque á pesar de todo vuestro dinero no podréis conseguir que olvide mi primera educación y deje de ser una extraña Marquesa. No tengo la costumbre de frecuentar salones como el vuestro, y haría en ellos un pobre papel.

—¿Qué error! Vuestra presencia bastaría para eclipsar á las demás mujeres, ¿qué rival se atreverá á brillar á vuestro lado?

—Además de eso, no lo sabéis todo,—añadió la joven suspirando con pena.

—¿El qué?

—Que no sólo soy pobre, lo que gracias á Dios no es una deshonra ni un crimen, por-

que de no ser así, cuantos criminales y deshonrados habría, sino que no sé quién es mi padre.

—¿Acaso ignoraba esa circunstancia cuando vine aquí?

—¿Os lo dijeron?

—Sí, y ningún obstáculo podrá separarme de vos como no sea vuestra voluntad. Creedme, Rosa, no obro á la ligera porque no soy ningún niño y antes de hacer nada lo medité mucho; os deseo con toda mi alma y no quiero á más mujer que á vos. ¿Queréis decirme en donde podré encontrar otra que valga tanto? ¡Si me rechazáis, os juro que me entregaré á toda clase de locuras para olvidaros; pero, no, no es posible que me rechazéis.

—¿Quién sabe!

—¿Y por qué?

—Por una razón.

—¿Cuál? ¿No podíais amarme?

—No es por esa razón.

—¿De veras!

—Aún no lo he pensado y vuestra petición me confunde; tal vez me conmueva porque es una prueba de generosidad la que dáis queriéndome elevar hasta vos, á mí, que no poseo nada ni ocupo una posición... pero...

—¡Acabad!

—Llegáis demasiado tarde.

—Demasiado tarde...

—Sí, ayer tarde...

—¿Qué?

—Otro...

—¿Pidió vuestra mano?

—Sí.

El Marqués no pudo contenerse, y de sus labios escapóse una exclamación de ira.

—¿A qué ocultároslo?— siguió diciendo Rosa.— Se acercó del mismo modo que vos, no es tan rico ni tiene ningún título que ofrecerme y es lo cierto que su posición es más modesta, pero se trata de un hombre honrado y leal.

Al recordar lo sucedido la antevíspera en Argenteuil y la declaración de Pedro Ragueneel en medio de un campo sembrado de espárragos, berengenas y pepinos, no pudo por menos Rosa de sonreirse.

—¿Y aceptasteis?—preguntó el Marqués.

—Poco menos.

—¿Le amáis?

—Creo que le amaré el día en que sea mi marido.

El Marqués, que no había contado con ese obstáculo, se puso furioso y se mordió los labios hasta hacerse sangre. No pudo ocultar su despecho y golpeó el asfalto de la acera con la contera de su bastón, mientras estrujaba convulsivamente entre los dedos de la mano derecha el guante.

—¡Es imposible!— exclamó de pronto y con arranque.— No es posible que os resignéis, ya que valéis tanto como una reina, á someteros á semejante destino.

—¿Y por qué no?

—No os pregunto, ni quiero averiguar

quién es ese hombre ni su condición, pero semejantes rivalidades me humillan, no tengo para qué ocultároslo; ¡meditad bien lo que os dije!

—Sea, lo haré,— contestó Rosa considerando dichosa al poder terminar aquella conversación;— reflexionaré, pero hacedlo vos también.

—Es inútil, á lo menos por lo que á mí hace. Acordáos, Rosa, de que os amo, que os adoro, y que por tanto deseo poseeros, y os juro que si entre nosotros se interpone algún obstáculo, saltaré por encima de él ó lo haré pedazos.

—¡Oh!—exclamó Rosa.

Comprendió el Marqués que sus arrebatos podían comprometerle y reprimiéndolos continuó:

—A no ser que me lo prohibieseis y que después de meditar mucho acerca de las razones que alego en mi favor, mi adhesión y mi amor, y el de los otros, os decidáis en contra mía, es decir, en la vuestra, porque, ¡qué vale el porvenir que os preparo con el que puedan ofrecerlos!

A medida que avanzaban iba disminuyendo el número de los paseantes.

—Separémonos ya que es muy tarde,— dijo Rosa.

—Permitidme que os acompañe,— replicó el Marqués con acento suplicante.

—¡No! ¡De ningún modo!

Insistió Roberto con mucha delicadeza.

—Sentiría en el alma comprometeros, y

os aseguro que el coche se parará en donde ordenéis.

—Bueno, así llegaré antes.

Dióle la mano Breynes y Rosa tomó asiento en el coche.

—¿A dónde queréis que os acompañe?— preguntó al mismo tiempo el marqués Roberto de Breynes.

—Dejadme delante de la iglesia de San Eustaquio.

El cocheró oyó estas palabras, y aflojando un poco las riendas al caballo, que pisaba con impaciencia tascando el freno, éste arrancó al trote largo en dirección á la calle de Rivoli, y en el momento en que llegaron á la esquina de la calle de Montmartre dieron las once y media.

—¡Hasta la vista!—dijo el Marqués á Rosa, al mismo tiempo que ésta saltaba á la acera.

—No, hasta la vista, no; vale más que no volvamos á vernos; es preferible para vos y para mí.

—Os juro que volveremos á vernos.

—Como queráis. En el Mercado dejan entrar á todo el mundo, lo único que hay es que daréis tema para muchas hablillas, ¿quién pagará los vidrios rotos? Nadie más que yo.

—Entonces os escribiré, ¿me lo permitiréis?

—Es mucho más sencillo; pero de todos modos, ¿á qué conduce el que lo hagáis?

—A probaros cuánto os amo.

—¡Locura!

—Sea, quiero ser loco.

Estas frases se cambiaron en voz baja, mientras que el cocheró y el lacayo permanecían inmóviles en su puesto.

El Marqués no quiso soltar la mano de Rosa, é inclinándose dijola al oído:

—Os amo, y hagáis lo que queráis, seréis mía y de nadie más.

Encogióse Rosa de hombros con indiferencia y se alejó apresurando el paso.

Durante unos minutos permaneció inmóvil el Marqués viéndola alejarse, hasta que desapareció tras la esquina de una de las calles inmediatas, la de la Grande-Truanderie.

—¡Al Círculo!—ordenó con acento seco al cocheró.

El coche echó á andar arrastrado por el caballo, tomando ese paso acompasado y se detuvo ante una casa cuyas ventanas del piso principal estaban brillantemente iluminadas. Con ligero paso subió el Marqués una magnífica escalera alfombrada.

Recibiéronle dos criados de gran librea, media de seda y zapato de hebilla de plata, y acudieron presurosos á quitarle el abrigo y recogerle el sombrero.

—¿Se juega?—les preguntó.

—Sí, señor Marqués.

—¿Es fuerte la partida?

—Muy fuerte, señor Marqués.

—¿Está dentro el señor Trenk?

—Sí, está tallando.

—Bien.

Atravesó el vestíbulo, habitación digna, por su lujo, de un palacio, y entró en la sala de juego.

En el momento en que esto sucedía, la victoria del Marqués desembocaba por el boulevard Maiesherbes, y Bob, el lacayo, decíale al obeso John, el cochero de Breynes.

—¡John!

—¡Aoh!

—¿Visteis?

—¿El qué?

—Que el Marqués no puede ver á una mujer sin hacerla la corte, ni una carta sin jugarla.

—Yes.

—Y entre ambos se le llevaron la última moneda de veinte francos.

—Conformes.

—Lo siento, porque la verdad es que en su casa se lleva muy buena vida.

—Verdad.

—¿Os paga puntualmente el salario, John?

—Sí.

—¡Imposible!

—¿Y á tí, Bob?

—¡Me debe un año!

—¡Oh!

Detúvose el carruaje ante la puerta de un precioso hotel de los mejores de la calle de Prony, notable por su estilo gótico, y en él no faltaba nada, ni cristales de colores, caladas agujas, ventanas ojivales y hasta los dragones alados del tejado.

John echó las riendas á un palafrenero que

tomaba el fresco y fumaba sentado en un banco del patio, y se apeó con mucha calma del pescante.

.....
A esa misma hora Florencia Carpiquel entreteníase en añadir una postdata á una carta que escribiera al ver salir á Rosa.

Ante todo veamos la carta cuyo contenido era el siguiente:

Señor Conde:

He tenido ocasión de observar un trastorno en las ideas de la joven, de la que me parece que está muy enamorado un tal Pedro Raquenel, pasante de Notario é hijo de una honrada y rica hortelana de los alrededores.

Si he de deciros la verdad, no me extrañaría que Rosa participase de sus sentimientos.

Esta noche salió de casa á una hora que no es la que ella acostumbra á hacerlo, ¿se dirigirá á alguna cita?

Creo que sí, por más que esta sea la primera vez, al menos que yo sepa, que sale á deshora.

Vuestra servidora,

FLORENCIA CARPIQUEL.

P. D. Cuando empecé á escribir esta carta no eran más que las ocho y media, y ahora vuelve Rosa, y son cerca de las doce de la noche, ¿qué es lo que ocurre?

Procuraré averiguarlo mañana mismo para comunicároslo.

Era verdad que Rosa acababa de volver á su casa. Metióse en la cama y no pudo conciliar el sueño, porque ante sus ojos desfilaron mil espléndidas visiones semejantes á las tentaciones de los anacoretas, é imaginábase que se hallaba en la cúspide de las grandezas, ataviada lujosamente, y ella que sirvió hasta entonces á los demás, servida por criados de magnífica librea.

De ese modo su pobre madre estaba al abrigo de todas las privaciones, y Anita, esa criatura tan cariñosa y fiel, se convertiría en su doncella favorita, y así se acababan las noches en que apenas podía descansar, pensando en el día siguiente, el cansancio y esas humillaciones que tanto la hacían sufrir.

Recordaba, además, Rosa, que cuando le indicó que entre ambos se interponía un obstáculo, el Marqués hizo un movimiento mal reprimido de cólera y de rebelión, por lo que presumió que sería á un amo al que se iba á entregar, y no á un amante. Y Rosa no quería esto, decididamente no podía amarle, y era demasiado altiva para venderse, por muy grandes que fuesen las ventajas que pudiese ofrecerla.

A eso de las seis rindióla el cansancio, á pesar de la febril excitación que la dominaba, y quedóse dormida con un sueño pesado y penoso, y á los pocos momentos soltóse el resorte del despertador, y éste empezó su acostumbrado estrépito.

Despertóse sobresaltada Anita, sentándo-

se en la cama y estregándose con fuerza los ojos.

—¡Tan pronto!—murmuró con desconuelo.

Su desgracia era demasiado cierta; tenía que abandonar la camita, que no obstante su estrechez y dureza, parecía más blanda y cómoda que la más lujosa de todas. ¡Pobre niña!

Obedeciendo la consigna, saltó de la cama, y acercándose á la de Rosa, pasó á ésta el brazo por el cuello, lo mismo que una hermana pequeña á la mayor, y besándola con acendrado cariño, la preguntó:

—¿Vamos?

A la hora de ocurrir esto, Rosa y Anita se presentaron en el Mercado.

La hermosa pescadera estaba pálida y ojerosa, y la primera cara que vió al acercarse al grupo de los que pujaban los pecados fue la de Meraud.

El antiguo corredor la dirigió una mirada insolente y sonrióse al mismo tiempo burlescamente.

V

No se había engañado en sus apreciaciones la lectora de la condesa de Kerhoët, pues mientras tanto se entretenía en escribir la